

los límites del poder eclesiástico ni del secular, lo que hizo que cayesen en extravíos continuos de una y de otra parte. Pero aquella confusión del poder civil y del poder religioso existió en la antigua Roma, y no fué obstáculo para que se engrandeciese y dominase á los demás pueblos. Nosotros creemos que la verdadera fuente de la decadencia del cristianismo en el Bajo-Imperio fué la decadencia de la raza griega. Los vicios de la antigüedad se perpetuaron en Constantinopla con los restos de la cultura antigua; la corrupción engendró el despotismo y éste destruyó lo que quedaba de vida á la sociedad. ¿Por qué no consiguió el cristianismo

reformular las costumbres antiguas? Después del advenimiento de Constantino, los Griegos se convirtieron en masa al Evangelio, pero continuaron siendo gentiles de espíritu, de hábitos y de vicios. El cristianismo no podía dar el deseo y la fuerza de la libertad á seres degenerados, esclavos de sus pasiones; él mismo no tenía el sentimiento de la libertad civil y política, y los hombres á quienes se dirigía eran incapaces de comprenderle. La fatalidad arrastró á los Griegos á una decadencia inevitable; pero esa fatalidad era la expiación de sus faltas.

CAPÍTULO III

MISION DEL BAJO-IMPERIO

El Bajo-Imperio se inaugura con la decadencia de la antigüedad, y su decrepitud continúa desde el siglo IV al XV. No nos cumple investigar las causas que produjeron su ruina; más bien hay que investigar cómo pudo sobrevivir tan largo tiempo al mundo antiguo, de que no era más que un despojo. *Montesquieu* encuentra la causa de esto en las divisiones que debilitaron á los Arabes, en la invención del fuego gregisco, que permitió á los Griegos quemar las escuadras de sus enemigos, y, por último, en las riquezas, fruto del comercio y de la industria. Nos parece que el ilustre historiador ha olvidado la causa que á un mismo tiempo produjo la fuerza y la debilidad de Bizancio. Heredera de Roma, recibió en herencia el secreto del gobierno que había permitido á una ciudad dominar al mundo; fué la administración romana la que ha sostenido el Bajo-Imperio. Se lee en las fábulas cabalísticas que, después de la muerte de Salomón, su cadáver se mantuvo en pie un año entero, durante el cual los demonios, á quienes había obligado por medio de la magia á trabajar en el templo, continuaron su obra, creyendo que aun vivía el gran má-

gico. Roma murió con la antigüedad; pero su cadáver quedó de pie durante diez siglos; los pueblos la creían viva, y continuaron obedeciéndola. El poder del genio romano es más admirable en su decadencia que en su grandeza; sostuvo por espacio de mil años un imperio que ya no tenía ningún elemento de vida.

Los historiadores y los filósofos se han fatigado en buscar expresiones de desdén para estigmatizar aquella decrepitud secular. *Herder* califica la época bizantina de infame (1). Otro historiador alemán dice que hay pocos anales tan horribles como los de Constantinopla (2). Los escritores católicos sobre todo se encarnizan con los desdichados Griegos, culpables del primer cisma que desgarró la unidad católica, y comparan el Bajo-Imperio á un cadáver vestido de púrpura (3): "Su historia, dice el conde *de Maistre*, inspira compasión cuando no causa horror; se diría que la lengua francesa ha

(1) *HERDER, Ideen*, XVII, 3.

(2) *ROTTECK, Allgemeine Geschichte*, t. IV, p. 21.

(3) *CANTU, Historia universal*, t. VII, p. 494.

querido hacer justicia de aquel imperio apellidándole *Bajo*, (1). ¿Qué explicación dará la filosofía de la historia de esa agonía de mil años?

Los historiadores eclesiásticos ven en las desgracias que durante tantos siglos cayeron sobre los Griegos un castigo divino por su cisma (2). Pero el cisma no es un crimen; es una diferencia de raza y de civilización la que separó el Oriente del Occidente. Hay ciertamente en la agonía secular de una nación ilustre un juicio de Dios. Un escritor apasionado por la libertad, al ver los desastres de la guerra extranjera y las más grandes desdichas del despotismo interior pesando sobre los Griegos de Bizancio, ha llegado á desesperar un instante del porvenir de la humanidad (3). Nos parece que en el espectáculo de la expiación no hay nada que deba inspirar desaliento. Los individuos y los pueblos son castigados cuando violan las leyes del orden moral; pero el mismo castigo acredita su libertad, porque, si tienen el poder de hacer mal, también tienen el de levantarse de su caída. Pero ese punto de vista teológico no basta para explicar los destinos de la humanidad. Á través de nuestros errores y de nuestras expiaciones avanzamos hacia un mejor porvenir, y cada momento de la existencia de los individuos y de las naciones es un paso hacia ese fin. La decadencia de los pueblos, como su grandeza, tiene su misión. Si el Bajo-Imperio ha vegetado durante diez siglos, es porque, en los designios de la Providencia, la raza griega, aunque agonizante, tenía aún su tarea que desempeñar en la laboriosa obra del género humano.

La antigüedad debía perecer; pero lo que en ella había de provechoso, su civilización intelectual, debía sobrevivir á fin de que no hubiese solución de continuidad en la cadena de los tiempos. La raza germánica estaba llamada á presidir una edad nueva; y para llenar esta alta vocación, necesitaba, á más de su genio, los dos elementos que han concurrido á la civilización moderna, el cristianismo y la cultura antigua. En el siglo VII, el cristianismo se vió amenazado en su existencia. Los sectarios fervientes de Mahoma invadieron tres continentes á paso de carga; ya están á las puertas de Constantinopla; dueños de esa llave de

la Europa, nada les podrá contener; el Occidente no está constituido: la Italia, ocupada, pero no conquistada por los Lombardos, es demasiado débil para resistir; la monarquía de los Visigodos va á ser destruida en una batalla; los Francos, apenas dueños de las Galias y de la Germania, se ven ya en disolución; los Carlovingios no han reunido aún la Europa bárbara bajo sus leyes... Si los Arabes se apoderan de Constantinopla, el cristianismo ha dejado de existir. La resistencia de los Griegos salvó á la cristiandad. Y cuando más tarde intentan los Arabes invadir por la España el mundo germánico, en los campos de Poitiers encuentran el héroe que les dice: De aquí no pasaréis.

El mundo germánico se ha salvado, pero es bárbaro, y en las miras de la Providencia, la barbarie irá creciendo para extirpar el veneno de la decadencia romana. Pero la barbarie debe acabar. La raza germánica está llamada á ocupar su puesto en la obra del desarrollo intelectual; heredera de la antigüedad, hará valer su magnífica herencia y la acrecentará. Pero ¿cómo entrará en posesión de esa herencia? En el Occidente, la disolución de la sociedad lleva consigo la ruina de la cultura latina, y la lengua y la literatura griegas caen en el olvido. Verdad es que la Iglesia conserva los restos de la civilización antigua; pero se deja ganar por la barbarie general, y su ortodoxia estrecha tiene miedo á la libre acción del pensamiento, y proscribida la filosofía tan luego como los filósofos se separan del dogma recibido. Los primeros que traen á la Europa la ciencia griega, aun cuando desfigurada, son los Arabes; y Aristóteles basta para enardecer el genio del Occidente. Pero la Edad Media no conoce aún de la Grecia más que algunos retazos de filosofía, traducidos la mayor parte del árabe al latín; los tesoros de la literatura helénica la están vedados, se ocultan en Constantinopla; los Griegos ya no tienen la fuerza de iniciativa de sus antepasados, y se limitan á estudiar las obras maestras que les ha legado Atenas. Pero al estudiarlas, las conservan; su celo por la ciencia multiplica los manuscritos, y los comentan en provecho de aquellos que están llamados á utilizarlos. Para reanimar el fuego sagrado de la civilización no se necesita más que el contacto de los Griegos de Bizancio con el Occidente. Y las desgracias de la raza griega esparcen á los sabios de Constantinopla por el mundo occidental. El *Rena-*

cimiento es la gloria de la Grecia; por él se unen la antigüedad y el mundo moderno, y se abre para la humanidad un nuevo período.

La historia es una glorificación de Dios; muestra el gobierno de la Providencia así en la caída como en el engrandecimiento de los imperios. La raza helénica es privilegiada entre todos los pueblos; lumbrera del mundo antiguo, ha civilizado á Roma, ha preparado el cristianismo y ha fomentado su dogma. Pero en su mismo genio había un principio de disolución: nació dividida. El paganismo, que era un elemento de su civilización, la dió una tendencia material: de ahí la corrupción,

la pérdida de la libertad y la inevitable decadencia. El espectáculo de su decrepitud no debe inspirarnos disgusto ni desprecio. Una lágrima de compasión á ese brillante pueblo que se extingue, y que hasta en su ruina le debemos reconocimiento; ha sucumbido ante el poder de los enemigos del nombre cristiano, después de haberlos contenido durante ocho siglos; ha salvado á la Europa con su lenta agonía, y al morir nos ha legado el idioma y las obras maestras que han encendido la antorcha de la civilización. Postrémonos ante Dios, que hace servir la misma decadencia de los pueblos para el perfeccionamiento de la humanidad.

(1) DE MAISTRE, *del Papa*, lib. I, c. 20; libro IV, c. 9.

(2) BARONIUS, *Annal. eccles. ad a. 512* (t. VI, p. 621).

(3) RÖTTBECK, *Allgemeine Geschichte*, t. IV, p. 139.